

Derechas para un imperio

La presidencia de Trump obliga a pensar en dos rostros recientes del conservadurismo estadounidense: el que proviene de la tradición intelectual y el que ha encontrado cobijo en los foros radicales de internet.

Los neoconservadores del Partido Republicano

RAFAEL ROJAS

E

L EXPERTO EN Estados Unidos Jesús Velasco, exdirector de la División de Estudios Internacionales del CIDE, publicó hace algunos años, en inglés, un libro muy recomendable sobre el papel de los intelectuales neocon-

servadores en el diseño de la política exterior de Washington durante los gobiernos de Ronald Reagan y George W. Bush. Ahora, con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, Velasco ha actualizado la versión en español de aquel volumen editado originalmente por Johns Hopkins University.

Si en la primera versión el académico identificaba dos momentos y dos generaciones en la ideología neoconservadora de Estados Unidos, la de los ochenta y la de los 2000 o, más específicamente, la del periodo de Reagan y la del segundo Bush, en esta edición extiende el análisis de la intelectualidad neoconservadora a la llegada de Trump a la Casa Blanca. Velasco se pregunta si estaríamos en presencia de un quiebre en el vínculo entre esa franja doctrinaria de la derecha radical y de amplias zonas del Partido Republicano con la presidencia de Estados Unidos.

La primera generación neoconservadora (Daniel Bell, Nathan Glazer, Irving Kristol, Seymour Martin Lipset, Samuel P. Huntington, Norman Podhoretz, Jeane Kirkpatrick...) surgió de la recomposición de las izquierdas y las derechas en Estados Unidos, tras las disputas de los años sesenta. Algunos de aquellos intelectuales provenían de izquierdas judías, socialistas y trotskistas, en el arranque de la Guerra Fría, que al enfrentarse a la crisis de principios de los setenta, provocada por la Guerra de Vietnam y el colapso del gobierno de Richard Nixon, giraron a la derecha, aunque preservando un trasfondo doctrinario liberal, relacionado con la defensa de la democracia frente al autoritarismo y, sobre todo, al totalitarismo comunista.

La obra intelectual de algunos de esos pensadores, como los brillantes ensayos de Bell sobre la sociedad posindustrial, el fin de las ideologías y las contradicciones culturales del capitalismo, o los estudios de Lipset sobre estructura y movilidad social en la construcción del orden político de la posguerra, o los textos de Kristol sobre literatura y política, en la línea de Lionel Trilling, Irving Howe y los críticos de Nueva York, producía sentidos más allá de aquel giro a la derecha. La resonancia de aquellas ideas en publicaciones de la izquierda europea o latinoamericana, como *Les Temps Modernes* en París o *Plural* en la Ciudad de



Ilustración: LETRAS LIBRES / Fernando del Villar



México, sería suficiente para matizar el concepto político de neoconservadurismo.

Lo “neoconservador” en los Estados Unidos de fines de la Guerra Fría aludía tanto a un afianzamiento de las premisas liberales del capitalismo y la democracia como a un desplazamiento hacia valores tradicionales de la cultura norteamericana, frente a la oleada contracultural del 68, el movimiento hippie y la Nueva Izquierda. Pero también la identidad del “neoconservadurismo” se construía sobre la necesidad de rebasar las estrategias anticomunistas de los cincuenta, especialmente, del macartismo, que muchos de los neoconservadores juzgaban contraproducentes. Con Reagan quedaba atrás el “estilo paranoide” de la política americana, cuestionado por Richard Hofstadter, y se pasaba a la ofensiva: a una seducción de ese mundo hostil, al otro lado de la cortina de hierro.

A Velasco le interesa, particularmente, la centralidad que adquirieron aquellos intelectuales en el montaje de la nueva política exterior. Hasta entonces, la estrategia global de Estados Unidos buscaba una contención del comunismo por medio de la alianza con autoritarismos de derecha. A partir de los ochenta, el discurso de la promoción de los derechos humanos y de las transiciones a la democracia sustentaría una ofensiva diplomática destinada a alentar el avance hacia el

mercado en China, la Unión Soviética y Europa del Este y a respaldar tránsitos democráticos en Portugal, España y Grecia y, luego, en América Latina, especialmente en el Cono Sur, donde desde fines de los setenta se advertían señales de agotamiento del autoritarismo.

Velasco no se detiene en la intervención de aquellos intelectuales en las guerras culturales de los noventa, relacionadas con el avance del modelo multicultural impulsado por la administración Clinton. Al mismo tiempo observa que fue en aquellos primeros años posteriores a la Guerra Fría que el frente de la política exterior de Estados Unidos se desplazó de Europa del Este al Medio Oriente. La periferia del grupo neoconservador originario y una segunda generación de académicos e intelectuales del mismo horizonte doctrinal se insertó en las filas del Partido Republicano, dando lugar al núcleo



Jesús Velasco
LA DERECHA RADICAL
EN EL PARTIDO
REPUBLICANO. DE
REAGAN A TRUMP
Santiago de Chile, FCE,
2016, 366 pp.

articulador de la política exterior de George W. Bush, en los primeros años del siglo XXI.

Este libro reseña el protagonismo de esa segunda generación neoconservadora (Francis Fukuyama, William Kristol, Robert Kagan, Paul Wolfowitz, Richard Perle, David Frum...) en la demanda y justificación de las dos guerras del Golfo Pérsico y en la

concepción de la doctrina de la “guerra preventiva” en tiempos del segundo Bush. Los capítulos dedicados a esta segunda generación indican que, a pesar de que se preservaron algunas líneas maestras de la tradición neoconservadora, el sentido de la intervención pública de esos intelectuales cambió por las nuevas funciones que cumplen la ideología y los medios en el mundo posterior a la Guerra Fría y la revolución tecnológica.

Una de las varias conclusiones inquietantes que se desprenden de este volumen es que, si bien la primera generación neoconservadora entendía a Estados Unidos como república —lo cual se puso en evidencia durante los debates sobre el multiculturalismo o en algunos libros emblemáticos de Bell, Lipset y Huntington—, la segunda pensará la nación, fundamentalmente, como imperio. En medio del intenso reacomodo de lealtades y apoyos que está produciendo la presidencia de Donald Trump, y de la indefinición de su propia política exterior, la dificultad para localizar un respaldo neoconservador a la nueva administración agrega mayor incertidumbre y peligrosidad a las relaciones de Estados Unidos con el mundo. —

RAFAEL ROJAS (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York* (FCE, 2016).

La extrema derecha digital y el ocaso de la Ilustración

34

NAIEF YEHYA



QUÉ PASARÍA SI tuviera lugar un golpe de Estado de la ultraderecha en Estados Unidos? ¿Qué cambiaría? ¿Veríamos tanques desfilando por la Avenida Pensilvania en Washington, D. C.? ¿Tomarían el ejército

y sus cómplices corporativos las estaciones de televisión y radio? ¿Cerrarían las escuelas, el correo y Disneylandia? ¿Ardería el Reichstag o, en este caso, el Congreso, y se culparía al terrorismo islámico radical o a los anarquistas globalifóbicos? Mientras nos hacemos estas preguntas los participantes en ciertas comunidades de internet celebran lo que consideran el colapso de la democracia estadounidense y la inminente destrucción del espíritu humanista de la Ilustración. Quizá no son muy numerosos y tal vez se trata simplemente de puñados de radicales introvertidos y *troles* que se ocultan detrás de seudónimos provocadores para elogiar a Hitler, discutir cómo eliminar a la población negra e hispana de Estados Unidos y planear el próximo genocidio de izquierdistas. Pero a pesar de ser pocos, estos ciberfascistas han tenido una poderosa influencia en el curso de la política planetaria reciente debido a sus campañas de desinformación y propaganda en línea en favor del candidato Trump.

Donald Trump no es precisamente un nacional-socialista, pero desde que se apropió de la causa del “birtherismo” –la cual intentaba demostrar que Obama no había nacido en Hawái sino en Kenia y por lo tanto era un presidente ilegítimo– los militantes de extrema derecha comenzaron a verlo como un aliado. La campaña que cuestionaba el acta de nacimiento del expresidente fue una estrategia profundamente racista que adoptó el Tea Party, cuyo eslogan era “Take America back”, en un llamado nada sutil a rescatar el país de las garras de un presidente negro. Trump retomó esa idea en su “Make America great again”, plagado de la campaña de Reagan y Bush de 1980.

Durante la elección presidencial, Donald Trump fue reconocido por la extrema derecha digital o alt-right

como el portavoz de algunas de sus ilusiones y como un individuo capaz de unir a las diversas corrientes de la derecha. Si bien entendían que se trataba de un candidato inexperto, ignorante e impredecible, apostaron por su supuesto carisma y se envalentonaron con el ejemplo de su desparpajo engreído e incendiario. Trump prometió beneficiar a los desposeídos y los olvidados al establecer un gobierno de triunfadores. La agresividad, incoherencia e improvisación de su plataforma política dio cabida a algunas de las ideas segregacionistas, autoritarias y procorporativas de la extrema derecha. Trump anunció su candidatura en un mensaje divagante y caótico cargado de nostalgia patrioter, entre acusaciones paranoicas en contra de México (por “no enviar a sus mejores ciudadanos”, sino mandar criminales y drogadictos). Más adelante confirmó su xenofobia cuando prometió que de llegar a la

En el **alt-right** hay quienes se definen a sí mismos como nacionalistas blancos, neonazis, arios, entre otros.

presidencia impondría un veto a la inmigración musulmana. Estos enemigos fácilmente satanizables serían como pretexto para exigir el fortalecimiento del Estado policiaco. Más tarde, Trump reclutó como su asesor principal a Steve Bannon, el entonces director del sitio propagandístico *Breitbart*, que él mismo definió como la plataforma del alt-right. Con la radicalización de sus pronunciamientos, Trump se fue volviendo sordo a las críticas, inmune al decoro y alérgico a la racionalidad, la verdad y la empatía. Mientras que la mayoría de los republicanos buscaban distanciarse de él, numerosos individuos y grupos identificados con la ultraderecha (desde el KKK hasta los neonazis pasando por bloggers conspiranoicos de varias denominaciones, como Alex Jones) lo apoyaron en sus páginas web y en actos públicos. Al ser cuestionado al respecto de estos controvertidos seguidores, Trump fingía no saber quiénes eran pero insistía en que para distanciarse o rechazarlos tenía antes que investigarlos, cosa que evidentemente no hizo. Esto era entendido por esos fanáticos como un claro guiño de complicidad.

El derechismo de Trump, con sus tintes circenses y contradicciones descaradas entre valores conservadores y populismo estridente, logró entusiasmar a decenas de

millones de votantes al presentarse más como una ruptura con el *mainstream* político que como una elección consciente. Al elegir a un *outsider* estaban rechazando la continuidad del sistema bipartidista, en el que los programas políticos republicanos y demócratas tenían cada vez más coincidencias y menos preocupación por las bases. Entre otras cosas, el voto por Trump reflejaba la admiración babeante por una celebridad televisiva menor; el rechazo a Hillary (por ser mujer, por su turbio historial y por representar la continuidad del régimen de Obama); un reconocimiento del fracaso de ciertos ideales de convivencia, tolerancia y respeto; una desesperante búsqueda de un héroe que pudiera corregir no solo los descalabros económicos recientes sino el curso de la historia humana; y un deseo de poder expresar en voz alta y sin pudor opiniones cavernícolas. La elección de Trump puede interpretarse como un repudio al humanismo liberal, uno de los dogmas del filósofo reaccionario y ateo Leo Strauss, quien paradójicamente pensaba que, al darle la espalda a la fe en favor de la razón, las sociedades tendían a caer en la barbarie.

Podemos imaginar al camaleónico, disperso y elusivo alt-right como muchas cosas pero fundamentalmente es la derecha que, cobijada por el anonimato digital, ha perdido el miedo a expresar sus prejuicios en voz alta, se ha liberado de la necesidad de presentar un rostro aceptable para la mayoría y no le interesa diferenciarse de los fascistas del pasado. El alt-right surge en los foros de ultraderecha de sitios como 4chan (fundado originalmente por fanáticos del manga y anime japonés) y Reddit. Ambos son espacios de debate sin censura que reúnen a cibernautas con intereses políticos comunes, como 4chan/pol/ y subreddits como The_Donald, donde los participantes se entregan a la provocación racista y misógina, así como a burlarse ostentadamente de la corrección política. Más que espacios ideológicos estos son territorios dominados por prejuicios, cinismo y una política de identidad heterosexual, blanca con un marcado complejo de victimización. La mayoría de los asiduos a estos foros son jóvenes, no son auténticos activistas ni miembros de partidos, asociaciones o grupos y su "militancia" en general se limita a internet. Hay quienes ven en estos radicales tecnologicizados el equivalente a la rebeldía que representaba tener el pelo largo en los años sesenta, la cabeza rapada en los setenta o usar símbolos satánicos del rock metalero en los ochenta. Hay una evidente obsesión con la cultura del *shock* y con crear pánico moral entre los adultos. El placer de estos *troles* radica en buena medida en obligar a sus rivales a defender valores elementales de justicia y decencia, y de esa manera ridiculizarlos como santurriones, pomposos y solemnes.

En el alt-right hay quienes se definen a sí mismos como nacionalistas blancos, supremacistas arios,

fundamentalistas anglos, nativistas, libertarios, neonazis y simples racistas. Pero el término que se ha puesto de moda es neorreaccionarios, quienes se caracterizan por querer cerrar fronteras, expulsar inmigrantes, rechazar refugiados, odiar el feminismo y negar los derechos de la comunidad LGBT. Los neorreaccionarios son entusiastas de las estructuras sociales rígidas y del orden cívico, a diferencia de los libertarios que son principalmente individualistas, aunque también creen en reducir la participación del gobierno. Son herederos de los llamados paleoconservadores, que a diferencia de los neoconservadores tienen un discurso nacionalista y religioso, antiinmigración, aislacionista y antiguerras extranjeras. Para ellos, el gobierno no debe entrometerse en los asuntos de los ciudadanos, odian el paternalismo del Estado y cualquier noción de seguridad social, están en contra de las regulaciones ambientales y laborales, así como de la defensa de los derechos humanos y los impuestos; en cambio están a favor del libre mercado y del derecho absoluto a tener y portar todo tipo de armas. Entre sus fantasías está eliminar a las universidades del Ivy League, a Hollywood, al *New York Times* y a todas las instituciones liberales que ven como fuentes de elitismo corruptor. Paradójicamente, el hecho de que Trump sea un multimillonario arribista de Queens que estudió en Wharton no parece molestarles.

Los neorreaccionarios creen que los políticos pierden demasiado tiempo haciendo propaganda para ser elegidos y para defender sus políticas. Esto es costoso e ineficiente, el equivalente a un concurso de belleza o simpatía, por lo que la democracia, o como ellos la llaman, el demotismo (despotismo de la mayoría), debe ser sustituida por algo así como una monarquía sin monarca, por un régimen dominado por líderes corporativos exitosos. Estas visiones de nación como empresa se materializan en Trump, su familia y sus negocios, quienes están redefiniendo de manera brutal la política y la ley con su campaña de hechos alternativos y agresiones en contra de la sociedad civil. Podemos intuir que este ejemplo será una inevitable tentación para millones de votantes frustrados en Occidente que han perdido toda esperanza en las virtudes de la democracia y el humanismo.

En un tiempo de muros fronterizos, de eliminación de redes de seguridad social, de acoso y vetos a ciertos grupos y de comunicados de prensa de la Casa Blanca que sirven para promover bienes raíces y zapatos de diseñador, los desfiles de tanques por Broadway y los solemnes comunicados en cadena nacional se han vuelto tan innecesarios como redundantes. —

NAIEF YEHYA (Ciudad de México, 1963) es escritor. Este año, Literatura Random House publicó su novela *Las cenizas y las cosas*.